MINERVA VITTI

Crítica al extractivismo contemporáneo

El neo-rentismo socialista

Víctor Álvarez R.*

El extractivismo es un modelo de acumulación a través del cual se impone un proceso de división internacional del trabajo determinado por las demandas de materias primas y energía de las grandes potencias industrializadas. En este esquema, unos países se limitan a ser simples proveedores de materias primas y energía, mientras que otros dominan los procesos de transformación industrial

El capitalismo rentístico y el neo-rentismo socialista son expresiones distintas del mismo modelo de acumulación extractivista. El neo-rentismo socialista funcionó a la perfección mientras los ingresos petroleros crecieron y resultaron más que suficientes para financiar la inversión social y alimentar los canales para distribuir la renta. Pero al igual que en el capitalismo rentístico, en lugar de ahorrar en tiempos de bonanza para encarar los tiempos de escasez, el neo-rentismo socialista desplegó una política fiscal pro-cíclica que tendió a gastar todo el ingreso petrolero, sin ahorrar nada para encarar los tiempos de escasez.

La mentalidad rentista de las élites gobernantes se expresa en desmesurados aumentos del gasto público cada vez que aumenta el ingreso petrolero y severos recortes presupuestarios cuando se derrumba la renta. Con el descalabro de los precios del petróleo el modelo extractivista-rentista nuevamente ha entrado en crisis y nos deja claro lo poco que hemos avanzado en la transformación de la economía rentista e importadora en un nuevo modelo productivo exportador.

UN MODELO DE DOMINACIÓN

El neo-rentismo socialista terminó siendo un modelo de dominación basado en el uso intensivo de la renta petrolera para financiar la inversión social y crear una red clientelar que le sirve de apoyo social. Debido a la contracción del aparato productivo interno y su incapacidad para generar nuevos empleos al ritmo que crece la población económicamente activa, el neo-rentismo socialista tiende a acentuar el papel empleador-clientelar del Estado, el cual no logra generar un trabajo realmente emancipador y liberador, toda vez que los empleados públicos quedan mediatizados por la lógica opresiva del Estado burocrático que funcionariza y somete a la fuerza de trabajo. En tales circunstancias, la dominación se logra a través de un sistema de premios y castigos para asegurar la lealtad de los seguidores políticos, comprar la simpatía de grupos ambivalentes y castigar o disuadir a los adversarios.

La menguada renta petrolera no alcanza para mantener empresas públicas secuestradas y quebradas por el burocratismo y la corrupción, las cuales son cada vez más improductivas y solo pueden pagar la nómina si el Gobierno central les transfiere recursos a través de créditos adicionales, representando una onerosa carga para la gestión fiscal que en estas condiciones de austeridad ya no se puede soportar. Superar estas perversas manifestaciones del neo-rentismo socialista y avanzar sin traumas hacia nuevas formas de socialismo productivo y de mercado implica la desestatización de las empresas públicas no estratégicas que, por estar mal administradas, solo generan pérdidas.

Una vez que la propiedad de estas empresas sea transferida a los consejos de trabajadores y comunales, podrá crearse un ambiente mucho más inspirador en el que se genere un trabajo emancipador y liberador. Los trabajadores libres asociados, al sentirse verdaderos copropietarios sociales de esas unidades productivas, podrán asociarse con la inversión privada nacional y extranjera para fortalecer las capacidades gerenciales y tecnológicas de la empresa, y fortalecer su calidad, productividad y competitividad.

Al asegurar la viabilidad económica y financiera de sus empresas, los consejos de trabajadores y comunales, en su condición de nuevos copropietarios sociales, recibirán los dividendos correspondientes a su respectiva participación accionaria. Estas ganancias, en lugar de ser repartidas como dividendos individuales, serán la fuente de recursos para financiar los proyectos laborales y comunitarios de interés común. Es así como se puede transformar la cultura rentista que pretende vivir de ingresos que no son fruto del esfuerzo productivo, en una nueva cultura sustentada en el valor del trabajo.

SUPERAR EL EXTRACTIVISMO-RENTISTA

Los países que se dedican a la extracción y exportación de petróleo, minerales y materias primas reciben una caudalosa renta que les permite importar lo que deberían producir internamente para satisfacer sus necesidades. Es como si a través de las importaciones estuvieran condenados a devolverle al resto del mundo el plusvalor internacional que captan por la exportación de petróleo y otros recursos naturales.

China se ha convertido en la gran fábrica del mundo y tiene la mirada puesta en los recursos naturales de América Latina. A través de inversión directa, licitaciones o acuerdos con gobiernos latinoamericanos, el gigante asiático invierte cuantiosos recursos para asegurarse las materias primas y recursos energéticos que necesita para sostener su impetuoso crecimiento. También invierte en grandes obras de infraestructura para facilitar su comercio y transporte. En Nicaragua, por ejemplo, China está financiando la construcción de un canal interoceánico para acortar las distancias entre los países del Atlántico y el Caribe. Desde 2008 le ha desembolsado a Venezuela más de 50.000 millones de dólares para financiar una amplia gama de proyectos, incluyendo la extracción de petróleo en la Faja Petrolífera del Orinoco. Venezuela paga a China con la exportación de 524.000 barriles diarios de crudo y derivados, volumen que se plantea aumentar a un millón de barriles por día en 2016.

El extractivismo es un modelo de acumulación a través del cual se impone un proceso de división internacional del trabajo determinado por las demandas de materias primas y energía de las grandes potencias industrializadas. En este esquema, unos países se limitan a ser simples proveedores de materias primas y energía, mientras que otros dominan los procesos de transformación industrial. El modelo extractivista no se limita solo a los minerales o al petróleo, sino que se extiende al extractivismo agrario, forestal y pesquero, actividades que proveen a los países industrializados de las materias primas que luego les compramos como productos de consumo final a un precio mucho mayor. Por eso, limitarse a ser un simple proveedor de materias primas y energía a la gran potencia asiática sería prolongar el modelo extractivista que impide una solución estructural al problema del subdesarrollo y la pobreza.

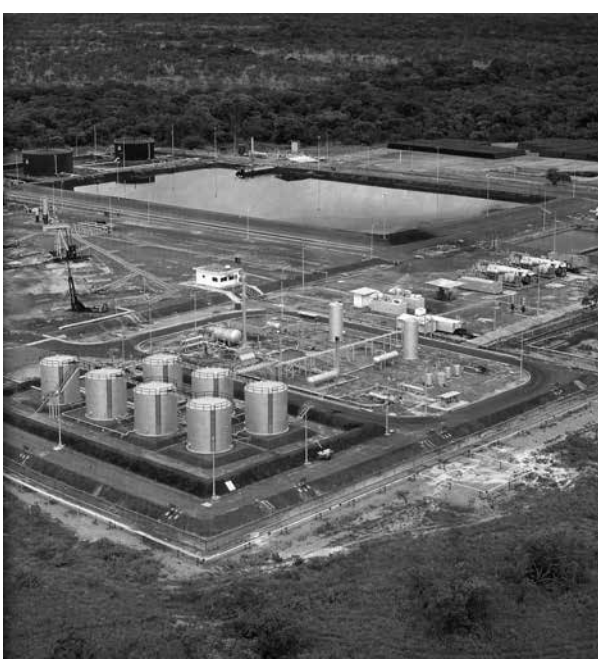
HACIA EL ECOSOCIALISMO PRODUCTIVO

Venezuela sufre la paradoja de ser un país rico en materias primas pero pobre en tecnologías para transformarlas en productos de mayor valor agregado. La caída de los precios del petróleo, al agudizar la escasez de divisas, es al mismo tiempo una enorme oportunidad para relanzar la industrialización de la economía venezolana.

Ya no se cuenta con la abundante renta petrolera que propició la sobrevaluación de la tasa de cambio y entronizó una prolongada tendencia a comprarle al resto del mundo lo que bien pudiera producirse en Venezuela. En adelante, las necesidades básicas del consumo interno tendrán que ser cubiertas con productos nacionales.

Los problemas relacionados con la liquidación oportuna de divisas que restringen la capacidad de importación deben ser vistos como una gran oportunidad para relanzar y reimpulsar el desarrollo industrial. Impulsar la manufactura nacional es una necesidad que hoy más que nunca debemos reconocer, sobre todo si tenemos en cuenta el efecto multiplicador que el desarrollo de este sector es capaz de ejercer sobre otras actividades económicas orientadas a generar la oferta de bienes, servicios y empleos destinados a satisfacer las necesidades de la sociedad. Sin lugar a dudas, industrializar la economía venezolana es la clave para transformar la economía rentista e importadora en un nuevo modelo productivo exportador.

Pero la industrialización no puede ser la reedición de la industrialización depredadora que contamina y destruye el ambiente con sus emanaciones gaseosas, efluentes líquidos y desechos sólidos. Por esta razón, no puede ser un proceso que se deje a merced de la mano invisible del mercado, sino un esfuerzo bien planificado que, en armonía con el ambiente, asegure la rápida reactivación de las capacidades productivas y tecnológicas que están cerradas u operando a media máquina. Este objetivo debe ser un componente fundamental de la política económica orientada al logro de la soberanía alimentaria y productiva, y exige una adecuada coordinación de la política macroeconómica con las políticas sectoriales, particularmente la agrícola, industrial, tecnológica y ambiental.



ARCHIVO GUMILLA

El punto de partida radica en desalentar las importaciones para favorecer la producción nacional a través de un tipo de cambio que exprese la verdadera productividad de la economía no petrolera. Adicionalmente se requiere una política arancelaria y tributaria que proteja el esfuerzo productivo nacional, así como una gama de incentivos fiscales, financieros, compras gubernamentales y suministro de materias primas para estimular la inversión productiva y fortalecer las capacidades tecnológicas e innovativas, particularmente las referidas a la erradicación del impacto ambiental.

Superar el extractivismo y su secuela de subdesarrollo y pobreza también necesita de inversión extranjera asociada a la transferencia de tecnología, calificación del talento humano, asistencia técnica a la Pymes y máxima incorporación de contenido nacional en los proyectos de inversión. De lo contrario seguiremos atrapados en el círculo vicioso de aumentar la extracción de petróleo para captar una mayor renta y así seguir importando, en lugar de encarar el desabastecimiento y la escasez a través de un sostenido impulso a la agricultura e industria.

Los países que han alcanzado un creciente grado de bienestar tienen en la industria una fuerza motriz de su desarrollo económico. El ritmo de crecimiento del sector manufacturero con frecuencia ha sido mayor que la velocidad de crecimiento del PIB, convirtiéndose así en el sector dinamizador del desarrollo económico. Esto se expresa en un aumento del grado de industrialización, es decir, de la contribución de la industria en la conformación del PIB, en comparación con el aporte de los demás sectores económicos. Según los indicadores internacionales, un país ha logrado su grado de industrialización cuando el sector manufacturero aporta al menos 20 % del PIB. En Venezuela la industria contribuye con apenas 13 %.

La industrialización sustentable es la estrategia para superar el modelo extractivista-rentista que nos condenó a ser exportadores de petróleo y materias primas, en un nuevo modelo productivo capaz de sustituir eficientemente importaciones, diversificar la oferta exportable, ahorrar y generar nuevas fuentes de divisas para ser menos dependientes de la renta petrolera. Este es el gran reto que el país tiene planteado para superar los problemas de desabastecimiento, escasez, acaparamiento y especulación que tanto malestar generan en la población.

---

* Investigador del Centro Internacional Miranda (CIM). Premio Nacional de Ciencias.